



Francisco Solano Luna, soldado clase 1963

AUTOR: CY GABRIEL ANÍBAL CAMILLI

*Escrito en Honor a todos los que se alistaron para la Guerra del Atlántico Sur
en 1982, a los que combatieron por La Patria en todos los tiempos, en especial
al cumplirse 150 años de la finalización de una Guerra entre hermanos.*

Buenos Aires, 26 de marzo de 2020



ESGC

Francisco Solano Luna había nacido en Formosa. Su tan sonoro nombre se lo debía a la feliz conjunción de un padre tan patriota como paraguayo, con una piadosa y sabia madre santiagueña. Así llegó al mundo bajo el manto de un gran santo, obviamente San Francisco Solano, y de un gran héroe, Francisco Solano López, mariscal de la guerra del Paraguay contra la Triple Alianza. Conjunción extraña, feliz o fatal si se quiere. Y no sólo tenía un nombre tan famoso, sino que se había preocupado, en sus años de estudios, por aprender y admirar las virtudes que hicieron famosos a sus tocayos, y por hacer carne propia una de las características que unían al santo y al héroe: jugarse a fondo por lo que se cree. Por eso eligió ser maestro cuando terminó el Colegio a pesar de los agoreros que le pronosticaban —con muchas posibilidades de acertar— un futuro de penurias económicas.

Sus compañeros del batallón le decían “Solano Lima”, cosa que a él le molestaba especialmente, porque estaba orgulloso de su nombre como para que se lo cambiaran:

—Mi nombre no es de afiches ni cancioncitas sino de las más gloriosas historias que en estas tierras se hayan visto, decía siempre, pero la verdad es que pocos lo entendían y lo hacían rabiar...

Cuando recuperaron las Malvinas, su madre se puso a rezar una novena tras otra al patrono, porque se imaginaba, conociéndolo como lo conocía, que otro “Cerro Corá” vería a su Francisco. Y la verdad es que Francisco hizo todo lo posible para que ello sucediera.

Era una mañana fría aquella en que se enteró de la gesta. Las vueltas de la vida lo

habían mandado a hacer la conscripción a un regimiento de infantería en Río Mayo en la provincia de Chubut. La noche anterior la había pasado de guardia, así que entre brumas oyó el discurso del Teniente Coronel anunciando la toma de Malvinas: un día histórico para la Patria en el que se cumplía el sueño de generaciones; ahora habría que redoblar los esfuerzos para poder mantener lo conquistado.

Fue el primer voluntario. ¿Le daría Dios la oportunidad de defender la bandera? Y si así fuese, ¿estaría preparado para hacerlo gallardamente? Hasta ahora había tirado sólo tres tiros con fusil y a la pistola que llevaba en su cintura, ni siquiera la había sentido en la mano. Pero eso no lo asustaba, porque en sus pagos había tirado desde niño y era capaz de defenderse bien. No, le preocupaban otras cosas más graves.

Dichoso aquel que muere en un campo de guerra / siempre que sea campo de guerra justa...

Dichoso aquél que muere por diez palmos de tierra / donde posa sus plantas alguna causa augusta.

Dichoso aquel que pone muerte limpia en la perra / vida, sin haber hecho dolo ni fuerza injusta;

dichoso aquel que compra su tálamo de tierra, / que compra con su sangre la cama eterna adusta.

Dichoso aquel que muere por la Cosa Solemne, / aunque sea pequeña como un grano de anís;

dichoso aquel que muere para que quede indemne / la vida de un niño, la gloria de un país.

Dichoso aquel que muere por algo que

es perenne / sea el Santo Sepulcro, Dulcinea o Beatriz... / O por un sol en campo de doble cielo y lís.

Esta poesía siempre le había impresionado de modo duro. Por su Santo, por su héroe, por sus padres, de vidas probadas como la de Job, por su triste Patria Argentina, por su “Padre Patria”, como él le decía a la amada tierra paraguaya, por tantas esperanzas y derrotas, por todo eso recordaba y fantaseaba con cada una de sus palabras.

En el Regimiento reinaba el desconcierto: se alistaban casi todos los días para partir hacia un destino incierto y en medio del caos más absoluto. Que se iban a la frontera porque los “hermanos trasandinos”, que subrepticamente apoyaban a los ingleses, fortificaban todos los días sus puestos cordilleranos... Que se iban para las islas..., que a Comodoro, que a Río Gallegos: todos los días la versión cambiaba.

Cada día parecía un siglo de espera, cada noche la última en que podría gozar de la paz de las estrellas. Y como tiempo sobraba en esos siglos, Francisco pensaba:

—¡Qué alegría es ver las filas de voluntarios en esta linda patriada...!

—¿Y si perdemos? “Dichoso el que muere en un campo de guerra, siempre que sea campo de guerra justa...”.

Le clavaron una espina al asegurarse que según los estudiosos, una guerra, para que sea justa, tiene que tener posibilidades de triunfo.

Un tiro de honda afortunada era la única carta con la que contaba el Rey David, y venció a Goliat. En evidente inferioridad numérica ganó el Cid innumerables batallas; Cortés quemó sus naves y se sumer-

gizó en una empresa que humanamente era de locos y también la gesta de Obligado bajo esa óptica era demencial... Y así tantos otros, que si hubiesen actuado pensando en probabilidades, todavía los veríamos en sus camas esperando el desayuno.

Pero, más allá de estos ejemplos, el que lo obsesionaba era el de su “héroe”. ¡Cuánto tiempo Don Francisco Solano López pasó luchando sabiendo que la derrota era inexorable! ¡Cuánta sangre brindó el pueblo paraguayo en pos de una causa justa, del honor de una raza! En Curupaytí un puñado de guaraníes se enfrentaron a miles de “patas blancas” y los pocos ganaron la batalla brillantemente... aunque la guerra ya estaba perdida.

“Dichoso aquel que pone muerte limpia en la perra / vida, sin haber hecho dolo ni fuerza injusta...”

—¿Hasta dónde llega el heroísmo?, le preguntó una vez Fabián Merlo, un abogado porteño, aspirante a oficial de reserva, con el que charlaba a menudo.

—Los paraguayos habrán sido héroes, puede ser; la guerra llenó de honor... a los muertos, y también hundió en la miseria a la que era la más próspera nación de Sudamérica. ¿Dónde está entonces lo justo? ¿El “honor mancillado”? ¿No ensucia más el hambre o la ignorancia que la falta de ese “palmo de tierra”?

—Si al decir eso estuvieses pensando en dar tu vida para aliviar el hambre o la ignorancia de mi gente, te lo aceptaría y aplaudiría, respondió con pasión y bronca el soldado Luna, pero vos lo decís para quedarte tranquilo en tu comodidad, sabiendo que el día de mañana te encontra-

rá apoltronado en un estudio de la calle Lavalle con la panza llena. Lo que no podés entender es que Malvinas no es una simple guerra para Argentina, es un gesto fundante. Y por cierto que no era entendido.

Los días —o los siglos— pasaron con la misma mezcla de desconcierto, impotencia.

“Dichoso aquel que muere por algo que es perenne / sea el Santo Sepulcro, Dulcinea o Beatriz...”

—¿Qué queda de perenne en esta triste patria mía? ¿Su gloria tan contradictoria que pasa por personas tan distintas, tan opuestas como San Martín o Sarmiento? ¿Dónde está la Dulcinea argentina, la Beatriz que nos guíe? Quizás Discepolo tenía razón: ¡todo es igual!, pensaba tratando de reprimirse.

Cuando cae la nieve, el mundo se sumerge en un estado particular: el silencio es más silencio, la soledad se siente más fuerte. Y ese año cayó más nieve que nunca.

—Quisiera vigilar el horizonte buscando Harriers, gurras o fragatas, y paso los días haciendo “orden interno”, tirando bolas de nieve, mirando televisión, viendo que la gente sufre más con lo que pasa con el fútbol en España que con los nuestros de Malvinas, comentó resentido en una reunión de compañía.

—Federico II de Prusia dijo que cuando él hacía la guerra, sus pueblos ni se daban cuenta, porque para eso estaban sus soldados, abogó con sorna Fabián Merlo.

—En el fondo aquí pasa lo mismo de siempre: los soldados mueren, algunos

buscan algún arreglo y la gente se ocupa de sus negocios, como debe ser y como siempre fue.

—Pero por qué no se van al carajo vos y Federico II. Cuando mi pueblo peleó contra el tuyo... Se quedó cortado: nunca lo había sentido de esa manera. ¿Cómo decirlo? ¿Mi pueblo peleó contra el mío...? No, a las tropas de Mitre nunca las podría sentir suyas.

—Cuando Paraguay peleó su Guerra, corrigió, lucharon los soldados con sus hijos, con sus padres y con sus abuelos. Y cada gota de sangre que caía en la tierra era sentida y sufrida por todos y a la vez era un aval para las generaciones futuras que no lo olvidan: los chicos se pintaban barbas en las caras para parecer soldados, las mujeres pintaban troncos para aparentar cañones y los viejos renacían para tomar de nuevo las lanzas en el lugar de sus muertos. Porque todos eran uno en una causa justa. Si ahora es distinto, cosa que no quiero ni pensar, entonces se van al carajo vos, Federico II y todos los que quieren acompañarte en estos podridos tiempos que vivimos, gritó como poseído saliendo de la cuadra con un portazo.

Y nunca el silencio de la nieve fue tan mudo como entonces.

Quiso recordar las filas de voluntarios, los festivales de solidaridad, la Plaza de Mayo festejando... pero no pudo porque todo eso le pareció ya de otra era lejana e inalcanzable, no pudo porque había llegado la noticia de la rendición.

—Quizás no valía la pena luchar por esta gente sin memoria, se dijo con poca seguridad.

—Ahora lo único que les va a importar es cambiar el Director Técnico.